

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Salmo CIII*, por D. Obdulio de Perea.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Lo que se vé en casa de la señora Tussaud*, por Alejandro Dumas.—

Revista de la semana, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego tercero del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXVI.

CAMILO Á CLARA.

Urrea, setiembre de 18...

Tu carta me ha conmovido dulcemente, amada mía: y me ha conmovido tanto, que me he acusado severamente porque no te he escrito con la frecuencia que debía.

Pero tu me perdonarás: eres buena; eres mejor que yo: he atravesado una de esas crisis raras en la vida del hombre y que ha sido por eso terrible para mí: yo, Clara, me asemejo poco á los demás; mi ánimo se enferma algunas veces sin gran causa: la melancolía me abruma, y me quedo sumergido en una triste quietud, que sacudo al fin para emprender algun trabajo largo y asiduo, de esos que tu tienes la bondad de llamar obras de un gran genio.

Tu dulce carta ha sido ahora el rayo de luz que ha aclarado las tinieblas que me envolvían; voy por algunos dias á Paris al lado de Octavio, y luego te llamaré desde allí ó iré yo mismo á buscarte. Ya es hora, mi amada Clara, de que te resarza los dias de mi com-

pañía que te he quitado: lo mas seguro será que vaya á buscarte, para que tu misma me enseñes tu cuadro y para que hagas el viage conmigo. ¿Qué será? esta pregunta, me la hago cada dia muchas veces: yo me figuro que es un retrato, puesto que me hablas de dos hermosos ojos negros. ¿Será el de tu madre? el de tu padre quizá? el mio? á esta última pregunta estoy seguro de que te sonreirás, y de que dirás:—¡qué vanidoso!—

Pero tu, Clara mía, has hallado muchas veces buenos mis ojos, ó á lo menos de tu gusto: si hubiera de encaminar mis congeturas por lo que me dices de que estás iluminando los dos ojos mas hermosos del mundo, creeria que estabas haciendo tu propio retrato: ¡pero no! entonces tu modestia no te permitiría alabarlos con esa franqueza, aunque tu sabes, porque los has visto y porque yo te lo he dicho mil veces, que son adorables.

No te engañas, querida mía, al pensar que mi amor propio se halagará de que sobresalgas en alguna de las bellas artes, á las que rindo tan tierno cariño y un culto tan apasionado: esto no es decir que no te amase tambien con todo mi corazon, aunque fueras la mas vulgar de las mugeres en punto á habilidades: es decir, aunque no tuvieras ninguna: bastábame que supieras amar, sentir, que fueras religiosa y buena; porque mi opinion acerca de la mujer es tan alta y tan contraria á la que tiene la generalidad de los hombres, que no

hay ninguna á mis ojos que no sea digna de ser estimada y protegida.

Sin embargo, callandito, y acercando mis labios á tu pequeña oreja tan fina y tan rosada, te voy á hacer una confesion.

No hay hombre, en cuyo amor no entre por mucho la vanidad: y el amor mas durable es aquel de que puede hacer galante los ojos del mundo: una pasion dedicada á una mujer oscura ó vulgar, suele ser de corta duracion: pero las que son inspiradas por un gran talento, si este está adornado con las bellas cualidades del alma, suelen ser eternas, porque el hombre, para variar de afecciones, es lento, y si piensa y siente á su vez, solo varia cuando gana á su parecer en el cambio.

Un marido, cuando su esposa vale mucho, es envidiado; y tal es la pequeñez del corazon humano, que hasta los hombres gustan de poseer lo que causa envidia; su orgullo se satisface con decir:—¿veis esta mujer cuyo talento reconoce y admira el mundo entero? pues es mia!

Y bien, Clara; yo espero un dia ú otro la dicha de ser padre; y aparte de la satisfaccion de mi orgullo, seré muy feliz si puedo decir á mis hijos, al mostrarles una creacion sublime de tu talento:—Esto es obra de vuestra madre: se ha distinguido de la vulgaridad asi por sus virtudes como por su génio.

Desde Paris, te llevaré á Italia, para que te inspires en las grandes obras de Rafael de Urbino, del Ticio, y de Pablo el Veronés: nada perdonaré para abrir las alas á tu génio, si es que lo tienes: tal es la obligacion sagrada del padre y del esposo: emplear todas sus fuerzas para conservar el fuego santo que Dios ha depositado en el alma débil de la mujer que le ha sido confiada: yo cumpliré con ese deber tan grato para mi corazon.

Tardaré aun cuatro ó seis dias hasta ponerme en camino: mi salud se ha resentido profundamente del estado de mi espíritu. Clara, yo quisiera que tu pudieras ser hoy mi amiga; pero aun eres una niña: el apasionado amor que me tienes está lleno de ilusiones, y tus ojos, velados con el santo cendal del candor, no pueden ver las llagas que hay en este corazon, envejecido por una vida, tanto mas larga, cuanto mas he pensado, y cuanto mas me he entregado á hondas y profundas cabilaciones: pero el dia que seas madre, tus pensamientos adquirirán mas gravedad, y tu alma altiva mas indulgencia; entonces verás que soy un peregrino,

que ha caminado mucho y al que han herido, arrojándole lodo y piedras, los mismos á quien él habia llenado de beneficios: tambien los indiferentes me han hostigado, y me han hecho sufrir: al ver que no me queria mezclar al festin de la vida, me miraban rencorosos y se decian:

—¿Quién es ese que sigue su camino silencioso y que así protesta de nuestros vicios? arrojémosle de aquí y que no se acerque siquiera á nuestra via.

Clara, muy triste es haber nacido algo mas elevado que los otros, y ver claro donde la multitud nada distingue: mas yo me apoyaré en tí, reclinare sobre este corazon herido, pero noble, tu hermosa y juvenil cabeza: juntos haremos el largo camino de la vida: ¡así Dios me la prolongue hasta dejarte rodeada de tranquilidad, y de una modesta abundancia, madre feliz y respetada, y mujer gloriosa por tu talento! Con qué júbilo iria entonces á buscar el eterno descanso y á esperarte junto al seno de Dios!

Ya habria cumplido una bella mision sobre la tierra; la de ser esposo y padre, tal como Dios manda serlo, y como yo lo comprendo.

CAMILO.

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

SALMO CIII.

Benedic, anima mea, Domino:

A tí, Señor, bendice el alma mia,
á tí, Señor, de divinal grandeza
que por do quiera un manto te atavía
de magestuosa, espléndida belleza.

Tú recoges el agua en las alturas
que al cénit prestan transparentes velos,
y tiendes del espacio en las llanuras
la diáfana cortina de los cielos.

Cruzas como los vientos voladores
por el espacio que de luz salpica
en carroza de vívidos colores
que con nubes errantes edificas.

Un ejército de ángeles altivo
en pos de esa carroza ostenta luego
la soltura del aire fugitivo,
la actividad del devorante fuego.

Con tus altos misterios insondables
y el inmenso poder que en tí se encierra,
un siglo y otro siglo y siempre estables
quedarán los cimientos de la tierra.

De agua sin dique los espacios llenos
viste, Señor, desde tu alcázar santo,
y á la voz imperiosa de tus truenos
rodaron al abismo con espanto.

No de que ha de tragarse las orillas
el ancho mar infundirá temores
que Tú cual siempre incomprensible, humillas
con un grano de arena sus furoros.

Entre montes y campos de esmeraldas
filtraron caprichosos manantiales,
y hoy vemos deslizarse por sus faldas
sus sonoros y límpidos cristales.

En ellos deteniendo el paso ocioso
mitigarán las fieras sus ardores,
y escucharán desde ellos armonioso
el concierto de pájaros cantores.

Obrando en su interior raros portentos
das á la tierra regalados frutos,
á los hombres sabrosos alimentos,
y pastos abundantes á los brutos.

Das á la vid el jugo apetecido
que anima al rey de los mortales seres,
tienes para su rostro óleo escogido
y para el alma místicos placeres.

A los cedros del Líbano encumbrado
gallardos miras con tus altos dones,
y al ave que su nido ha fabricado
debajo de sus verdes pabellones.

Por Tí con un instinto sorprendente
se oculta en el follage la cigüeña,
en los altos la cabra independiente
y el conejillo en la horadada peña.

Por Tí el fulgente faro de la noche
con fases varias su órbita describe,
por Tí del sol el rutilante coche
distinto ocaso al declinar recibe.

Se acerca en pos de su triunfal carrera
el negro imperio de la sombra fría,
y desatada la imponente fiera
recorre el bosque en su estension umbria.

Lanzan los leones colosal rugido,
cébanse en una res devoradora,
y el hambre acallan, y su afán cumplido
duermen de nuevo al despuntar la aurora.

Se cubre el cielo de carmin y grana,
se anuncia el sol con nuevos resplandores,
y el hombre, al despertarle la mañana,
afanoso comienza sus labores.

¡Cuán sublime, cuán grande y poderoso
transparenta este mundo tu diseño!
todo es en él, espléndido y hermoso,
todo Te aclama por Señor y dueño.

El mar que con sus brazos estendidos

parece dilatarse hasta los cielos,
abriga en su interior mónstruos temidos
y sin cuento reptiles pequeñuelos.

Y con las naves que atrevidas vuelan
por la region inmensa del Oceano,
todos, Señor, alimentarse anhelan,
y á todos sacia liberal tu mano.

Si alguna vez tus ojos se retiran,
sin la luz de tu rostro desfallecen,
y en su astro oscuro sin concierto giran,
y se turban, y tiemblan y perecen.

Mas si tu vista en ellos se pasea
les infunde virtud vivificante,
devuelves al espíritu la idea
y á la tierra renuevas el semblante.

Ante tí los cimientos de las rocas
se sienten vacilar estremecidos
y se abren en los montes, si los tocas,
hornos mil de volcanes encendidos.

¡Gloria sea al Señor Omnipotente!
Loor eterno al Dios de las alturas
que, detrás de su cielo transparente,
sonríe á las humildes criaturas.

Séale grata la espresion que encierra
el cántico sincero que le envío,
y haga que para siempre de la tierra
desaparezca el pecador ímpio.

Tu eres el Dios que mi afliccion redime,
el harpa haré vibrar con firme mano,
y mientras el soplo de tu ser me anime
ensalzaré tu nombre soberano.

Obdulio de Perea.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuacion).

—Justo.

—¿Con que él sí, y yo nó? Hé qui lo de siempre, esa maldita preferencia que ha de ser la perdicion de todos. Y diciendo esto se levantó Inés con tal violencia que dejó caer la silla.

—¡Insolente! ¡yo humillaré tu soberbia! gritó el padre cayendo sobre la hija con el brazo levantado.

—No ha querido hacerlo.

—¡Jaime, por Dios!

—¡Padre, padre!

Fueron los tres gritos que lanzaron al par, Margarita, la madre y el hermano, sin lograr contener el primer ímpetu de Gifre.

Con los brazos cruzados y la frente sombría, recibió Inés sin pestañear los golpes de su padre, que después de desahogada su cólera y calmado el tumulto, tornó á su puesto, jurando que había de matar á su hija ó volverla humilde.

Todos á ejemplo del jefe de la familia se sentaron á la mesa, pero ninguno probó bocado. Levantados los manteles Gifre pidió agua.

—Está como caldo, repuso Jaime; no podreis beberla.

Inés, que había permanecido en un rincón demostrando bastante con la agitación de su seno, la palidez de su frente y con la tirantez de todos los músculos de su cara la violenta lucha que sostenía, alzóse; cogió un pequeño cántaro y se lanzó á la escalera. La madre miró á Margarita, esta corrió tras su hermana y la detuvo diciéndole:

—No salgas por Dios; estás tan agitada...

—Déjame, el aire me hará bien: y deshaciéndose de sus brazos, desapareció. Al volver á la casa, su rostro estaba completamente sereno, aunque se traslucía en él cierta expresión de dolorosa complacencia. Margarita lo observó con miedo, mas tranquilizóse viendo los bellísimos ojos de Inés llenarse de lágrimas al fijarse en su madre.

Al recogerse ambas, Margarita reprochóle entre caricias su colérico arrebato; hablóle de los deberes de los hijos y concluyó diciendo:

—Ten paciencia por unos meses no mas; al cabo de ellos tendrá Mauricio la colocación que desea, me casaré y te vendrás conmigo.

Inés suspirando respondióle:

—Déjame, ahora necesito reposo.

La hermana menor no insistió mas y se durmió profundamente.

Hacia la media noche y en medio de su sueño le pareció que la abrazaban, que besaban su rostro y caían sobre él ardientes lágrimas; después todo fué sombra y silencio. Al despertarse extrañó la oscuridad de la estancia.

—¿Cómo es esto! murmuró; si yo dejé los postigos abiertos. Y saltando de la cama, corrió á la ventana que abrió de par en par.

—¡Inés, Inés, alzáte que es muy tarde! exclamó al ver el sol penetrar en el cuarto, como un alegre huésped que todo lo anima.

Inés no podía responderle: no estaba en la habitación ni aun en la casa.

Margarita sintió que un presentimiento horrible helaba hasta la médula de sus huesos y

deseando desvanecer aquella espantosa idea, llamó á la madre que nada sabía, y que contestó después de un instante volviéndose á su estancia:

—¡Estará en misa, como es domingo!

Margarita no preguntó mas. Una hora después salió la anciana y entregó á Gifre, que hablaba con Jaime, un papel.

—¿Para qué es esto? dijo el marido.

—Qué se yo, contestó ella; estaba debajo de tu almohada y te lo traigo.

—Yo no tengo papeles, replicó Gifre, y le lanzó.

Una luz, siniestra como la del relámpago, esclareció en aquel momento la mente de la joven. Sin embargo, dudando aun, cogió el papel, y leyó con voz trémula estas palabras:

«Padre, no puedo mas; mis sufrimientos se han colmado, y huyo para siempre del hogar donde nací y donde no soy querida.»

La madre lanzó un grito y cayó como muerta. Margarita prorrumpió en sollozos y el padre en gritos é imprecaciones, que atrajeron á todos los vecinos.

Las mujeres rodearon á la madre y los hombres al obrero que estaba como loco. En aquellos momentos se hicieron mil conjeturas diferentes, dándose como la mas probable que Inés había huido con un amante; y que este no podía ser otro que un caballero de hermosa presencia, con quien se la había visto hablar varias veces.

—¿Con un hombre que la hará su manceba! gritó el honrado padre, apretando los dientes y rugiendo como un león; ¡tal deshonor por una hija! mas me valiera haberla muerto.

—¡Ay! murmuró la madre que había vuelto en sí, ¡ay! los celos que mataron al niño, han precipitado á la mujer.

Gifre que oyó estas palabras se irguió de pronto preguntando:

—¿Celos! ¿de qué?

—De lo que ella misma dijo anoche, de tus malditas preferencias! Y doblando la cabeza, tornó á perder el sentido.

VI.

Gifre no volvió á la fábrica, donde aquella misma mañana, á pesar de cuantas precauciones se habían tomado para impedirlo, supo que había llegado la noticia de su deshonor. Y sin embargo, habían ofrecido mantenerla oculta todos aquellos que acudieron al eco de sus voces.

Se comprende que la fama, alada como el huracán, y armada de sus cien clarines, como el ángel del juicio de su fatal trompeta, salve grandes espacios y derrame por dilatados continentes las virtudes y los crímenes de los hombres y los pueblos; pero lo que no se comprende es cómo un imperceptible murmullo, que todos prometían ahogar, corre con prontitud, penetrando como el humo por los mas pequeños resquicios y avisando cual él de que deja tras sí una oscura sombra. ¡Ay! la maldiciencia, la falta de caridad, son los secretos motores que esparcen una afrentosa noticia con mas invisible y segura rapidez que los vientos de marzo los efluvios de la primavera.

Jaime, á semejanza de su padre, rehuyó la presencia de sus antiguos compañeros de trabajo y cambió de fábrica. La madre que, como Raquel, no quiso consolarse, comenzó á perder la vista, no pudiendo por consiguiente ganar cosa alguna. Hasta á la buena y simpática Margarita alcanzaron las consecuencias de este infortunio, pues la familia del novio, en extremo pundonorosa, se retrajo de hablar, y los jóvenes hubieron de someterse á esta triste dilacion.

En la nueva fábrica y con el completo cambio de relaciones contrajo Jaime perniciosas amistades, siendo la mas íntima un joven llamado Sebastian, que habia servido pocos meses de mancebo en una tienda de comestibles, situada en una calle vecina á la en que vivia Gifre.

Desde la fuga de Inés, aun cuando veia Jaime que su madre no ganaba y que Margarita trabajaba sin descanso para suplir su falta, él seguía sin ofrecer, y el padre sin exigirle nada mas de lo que habia dado siempre.

Una noche, mientras Margarita bordaba silenciosa en el cuarto de sus padres, por sentirse Gifre ligeramente indispuerto, la madre, que velaba con ella, le preguntó muy bajo:

—¿Y lo de Mauricio está completamente concluido?

A esta pregunta cubrióse del mas vivo carmin el simpático rostro de la joven, que respondió muy quedo:

—Ha estado lejos de aquí, en un pueblo de la costa, donde se traslada su familia. Ayer que le ví un momento, me dijo que sus padres consentían, y que mañana ó pasado vendrían para hablar sério y casarnos en seguida.

—¿Y callabas tu alegría!

—Es que la idea de dejaros me la quita.

—Y ¿por qué? Jaime se casará muy pronto,

ya ves que puedes irte tranquila, pues tendremos quien nos cuide.

(Se continuará).

Maria Mendoza de Vives.

LO QUE SE VÉ EN CASA DE LA SRA. TUSSAUP.

POR

ALEJANDRO DUMAS

I.



Poco tiempo há que tuve convidados á comer un frenólogo americano, un médico húngaro, un refugiado italiano, y por último, un negociante germano-anglo-indiano, emprendedor, amable y millonario, que se llama M. Joung, marqués de Badaour, nabab de pura raza.

A los postres alzó un vaso.

—Señores, un brindis!

Se comprende la importancia de semejantes palabras cuando salen de boca de un alemán ó de un inglés; pero cuando el alemán es inglés y el inglés alemán, aquellas palabras son doblemente solemnes.

Todo el mundo guardó silencio.

—A la salud de los que me acompañen el miércoles próximo á las carreras de Epsom.

—Para asistir á las carreras de Epsom, dijo uno, debia haberse pensado hace un mes; porque á esta fecha no se encontrarán en Londres ni una habitacion desocupada ni un carruaje desalquilado.

—Por lo mismo, replicó M. Joung, hace un mes que me he preparado y tengo pedidos dos pisos de London Coffee-House y un carruaje en el que cabrán cómodamente hasta doce personas: puedo, por consiguiente, ofrecer á cada uno de ustedes un asiento en mi coche y un cuarto en cada uno de mis dos pisos, durante las carreras: concluidas estas, cada cual quedará en libertad de irse ó quedarse.

Mi hijo y yo aceptamos el ofrecimiento.

Se me ofrecía una buena ocasion de ver, no solo las carreras de Epsom, sino tambien la exposicion de Manchester, y á mi hijo la de ver Inglaterra que no le era conocida.

—¿Dónde es la cita? pregunté al marqués.

—En la estacion del ferro-carril del Norte, el lunes á las siete de la tarde.

No se habló mas del asunto.

El marqués vació su vaso, y el compromiso fué tan sagrado como si le hubiera autorizado un notario.

El día fijado, á la hora señalada, Alejandro, M. Joung y yo, estábamos en la estación del Norte; á las ocho menos cuarto nos instalamos en un wagon; á las tres de la madrugada llegamos á Calais; á las tres y media nos embarcamos, y dos horas despues, á través de la limpia transparencia de la atmósfera matinal, desembarcamos en Douvres, sin haber perdido de vista las costas de Francia.

Acababa de partir el primer tren, y teníamos una hora de que disponer hasta que partiera el segundo.

II.

Douvres está muy lejos de ser un gran espectáculo á las seis de la mañana.

—Hay mar, me direis, y esto basta.

—Es cierto, pero en Douvres no se vé el mar, no se vé mas que niebla.

No sé á punto fijo qué cantidad de azoe, de oxígeno y de agua contiene el aire respirable de los ingleses; pero lo que sé es que los ingleses no pueden vivir sin niebla.

Generalmente les acomete el *spleen* en el mes de noviembre. ¿Creeis que lo trae la niebla que comienza en este mes para no concluir hasta mayo? Nada de eso. Tienen *spleen* porque han estado cuatro meses sin niebla, que les hace tanta falta, por lo menos, como el tabaco.

Llevar consigo la niebla á cualquiera que sea el país en que se establezcan. No se conocia en Gibraltar antes de 1704, ni en Malta antes de 1800; pues Gibraltar y Malta son hoy tan nebulosos como Douvres y Southampton.

Donde no hay niebla, los ingleses la hacen, creo que con carbon de tierra.

Pero nose trata de eso, á pesar de que quiero que conste que no es Dios el que hace la niebla, sino nuestros vecinos.

He dicho que, á aquella hora, por lo menos, no tenia gran cosa que ver Douvres: sin embargo, pregunté á una especie de *cicerone*, mitad inglés, mitad francés, qué tenia que enseñarme.

Observé el aprieto en que le ponía, pensó un instante y me dijo:

—¿Quereis ver la culebrina de la reina Ana?

—Vaya, pues, por la culebrina de la reina Ana.

Echamos á andar, y mientras caminábamos, quiso el *cicerone* explicarnos quién era la reina Ana.

—Oh, amigo mio, le dije: conozco á la reina Ana tan bien como vos ó quizá mejor. Era una señora gorda y zarrapastrosa, que dió á luz doce ó catorce chiquillos que se murieron, menos uno que la sucedió: le gustaba mucho el vino de Francia, y Luis XIV era su proveedor, y la inquietaban tan poco las cosas de iglesia, que durante su reinado se llevó el diablo la religion, ó poco menos: era una reina, en fin, que inspiró al estatuario un mal busto de bronce que se colocó con no poca malicia en la puerta de San Pablo, de espaldas á la iglesia y mirando á su negociante en vinos. Ya veis que conozco á la reina Ana casi tambien como mi colega M. Scribe, que escribió *El Vaso de agua*, con objeto sin duda de mortificar su nombre.

—Veo que estais bien enterado.

—Yo lo creo.

—Pero no conoceis la culebrina.

—Confieso que no.

—Vedla pues.

La culebrina de la reina Ana es una culebrina... como todas las culebrinas, quizá un poco mas larga.

Lo que llama la atencion no es la culebrina, sino una inscripcion que indica el grado de simpatía que reina entre el pueblo francés y el inglés.

Hé aquí la inscripcion de la culebrina de la reina Ana:

«Tenedme limpia, cargadme convenientemente, y enviaré una bala de Douvres á Calais.»

Gracias, vecinos, los regalos conservan las amistades.

III.

Despues de haber visitado la culebrina, entré á matar otro rato en el *buffet* de la estación.

Desearia que el mas sabio higienista me dijera qué se puede tomar en un establecimiento semejante á las seis de la mañana, despues de haber recorrido noventa leguas en camino de hierro y diez ó doce en buque de vapor.

No sé si sabeis, queridos lectores, que la mar, furiosa por haber separado, en no sé qué cataclismo, dos pueblos destinados á entenderse tan bien, echa continuamente espumarajos de rabia entre Douvres y Calais, con mas impetu

que entre Porsmouth y New-York, ó entre Lorient y Buenos Aires.

No digo esto porque me importe gran cosa: tranquila ó embravecida la mar, me ha producido siempre el mismo efecto: apetito y nada mas; pero como es difícil comer entre gentes que hacen todo lo contrario en los viajes marítimos, lo he entretenido hasta echar pié á tierra.

Pues señor, pedí una taza de café con leche.

El café que allí se toma generalmente es malo; pero el que dan á los viajeros, es peor.

Tal vez me tacheis de pesado, queridos lectores; pero me detengo en estos pormenores en obsequio vuestro, porque no tendrá nada de particular que mañana ú otro día vayais á Inglaterra y que sintais apetito en Douvres.

Subimos por fin al wagon, y me pareció que parábamos en una montaña cortada á pico y el mar; y digo me *pareció*, porque apenas ví nada: es necesario que la máquina sea de gran potencia para poder cortar la niebla.

Tres horas despues, sospeché que entrábamos bajo techado. Estábamos en Lóndres, y no tardamos mucho en llegar á London-Coffee-House.

(Se continuará.)

(Traducción.)

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

Diversas apreciaciones acerca del cólera.—Un cuento.—Un poco de teatros y otro poco de chismografía.

Con razon se dice que el verano es pesado; sus visitas son siempre largas, y especialmente este año parece que está dispuesto á molestar-nos mas que de ordinario.

Estamos casi á principios de octubre, es decir, en la época en que el viento fresco y las brisas del otoño acostumbran á personificarse en Madrid; y á pesar de esto, no se tiene ni siquiera noticia de ellas.

Los madrileños están de pésame.

De pésame, así como suena. Desde que se ha hecho la ilusion de que el cólera ha llegado á la villa, no hay quien pueda decirles una palabra.

Todo el mundo habla de *casos*.

No hay que hacer caso de tales aprensiones. Yo suplico á mis lectoras que no teman á la muerte, porque la muerte no viene nunca mas

que cuando debe venir, y esto siempre es un consuelo.

—Baron, le decian á cierto jo vencito sus amigos, Vd. debia ir al café Suizo.

—Pues por eso mismo, porque *debo*, no voy, respondió el interpelado.

Lo mismo le sucede á la muerte; por lo mismo que debe venir á quitar muchos estorbos de delante, no vendrá.

Ademas cuando sabe que una persona no le tiene miedo, evita en lo posible acercarse á ella. Hay que tener presente que la muerte es muy cobarde; generalmente, no se atreve mas que con los enfermos.

Existe ademas una razon muy poderosa para que los madrileños no se mueran, y es que saben que un entierro cuesta mucho dinero, y no es cosa de perjudicar así como así los intereses de la familia.

De seguro que el asunto de que me estoy ocupando ha de parecerle enojoso á mas de una lectora, pero la fatalidad guia mi pluma. Desde que he comenzado á escribir la siento pesada como nunca. Parece que ha escrito con ella algun pedante.

Nada puedo referir respecto de los teatros: en el de la Zarzuela se han repetido las obras que rompieron fuego en la presente temporada, y se ha cantado *Jugar con fuego*, zarzuela en la cual ha hecho su salida el tenor Dalmau, ausente hace algun tiempo de Madrid. El público le aplaudió.

En el teatro del Principe continúan los ensayos del *Alcalde de Zalamea*, obra con la que se ha de inaugurar la temporada.

En tanto que llega tan suspirado dia, los aficionados á toda clase de espectáculos acuden al Circo del Principe Alfonso, cuyas postrimerias no son por cierto tan lamentables como sus dias primeros. La concurrencia es hoy mayor que ayer, y no sabemos si será mañana mayor que hoy.

Ahora, con permiso de mis lectoras, quisiera yo interrumpir esta revista para referirles un lance por extremo novelesco, que ha sucedido en la semana.

Sabido es el considerable número de gabinetes ortopédicos que hay en Madrid, y en los cuales se enderezan los entuerto sin trabajo alguno... por parte del profesor que hace las operaciones.

Erase un jorobado que tenia grandes deseos de quedar derecho como un huso. Al efecto, acudió al auxilio de la ortopedia, y despues de

sufrir innumerables dolores salió á la calle plenamente convencido de los grandes resultados de la ciencia.

A los pocos pasos de la casa del médico, nuestro jorobado se encuentra á un amigo.

—Mirame; le dice, ya ves que estoy tieso como una I.

—Sí, amigo mío, respondió el otro, como una Y.... *griega!*

La ocurrencia podrá no tener gracia, pero tiene una exactitud que recomiendo eficazmente á los dolientes que se hacen ilusiones.

Se asegura que dentro de pocos días lloverá. ¿Les conviene á ustedes? Yo sentiría mucho darles un disgusto con tal noticia, pero no podría llorar, porque desde que he visto cierta zarzuela, no me ha quedado una sola lágrima disponible.

Se habla de próximas reuniones, de próximos conciertos y de próximos bailes. ¿Oyendo esto, quien piensa en el cólera?

Figúrense mis lectoras el brillante espectáculo de una *soirée* en casa de los señores de Soler ó de un concierto á beneficio de los pobres... ¿Habrà alguna que tenga la malísima ocurrencia de dejar el mundo cuando el mundo, y sobre todo el mundo elegante, está preparándose á divertirse como nunca?

Animo, pues; valor, y á ellos, intrépidas combatientes! corazones hay que conquistar, matrimonios que realizar, bodas que hacer... ¡el mundo es nuestro! Yo de mí sé decir que, si me muero, no será seguramente por gusto mío.

Con permiso del cólera, me despido hasta la próxima semana.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Figura 1.^a Traje de grós negro y de dos faldas: ambas están adornadas en su parte inferior por un *agrement* tejido de seda negra, cuentas de azabache, y barritas de hilillo de oro, que le atraviesan: la segunda falda está un poco recogida en todos los paños por medio de corchetes puestos por dentro.

Casaca *Gabriela*, hendida en los costados, y por detrás, de modo que forma cuatro faldones, guarnecida por delante y al derredor con el mismo rico *agrement*.

Mangas estrechas adornadas en la sisa y borde inferior.

Cuello y mangas interiores de tela de hilo, guarnecidas de valenciennes.

Sombrero de tul negro, con cuentas y margaritas de oro: la copa está cruzada con cordones de oro: en vez de bridas lleva este lindo sombrero bandas de encaje negro, y velo flotante de encaje tambien.

Guantes claros.

Este elegantísimo traje es propio para señora, lo mismo si cuenta pocos años, que si ha llegado á una edad avanzada: su mejor uso será para visitas; pero si le usa una señora anciana, será tambien de una elegancia suprema para paseo, teatro y comida, suprimiendo en este último caso el sombrero.

Fig. 2.^a Traje de tafetan azul celeste: la falda lleva sobre el falso cuatro cintas de grós blanco.

Paletot ajustado de la misma tela, guarnecido por dos cintas, y cerrado en el pecho por tres grandes botones de plata y acero.

Mangas ajustadas, adornadas con dos cintas en la parte superior é inferior.

Cuello y mangas interiores de tela lisa.

Cinturon de grós azul, cerrado con tres grandes broches de acero y plata, unidos por cadenas.

Sombrero redondo muy pequeño de paja de arroz, adornado de una gran pluma azul que guarnece la copa, y de un largo velo azul flotante.

Guantes de piel de Suecia.

El color de este lindo y fresco traje, y el sombrerito que le acompaña, dicen que es propio para señorita muy jóven: en París, en las estaciones de baños, y tambien en algunas capitales de España, como Barcelona, dicho sombrerito es tan útil como elegante: en Madrid no ha penetrado esa graciosa moda, por lo que las señoritas residentes en él podrán sustituirle con un sombrerito fanchon blanco, con flores y cintas azules, ó con un delicado velo de tul.

El vestido es muy á propósito para visitas y paseo, por su color claro, su gracia y su frescura.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



Louis Berlier

H. L. L. L.
669
Imp. Mariton

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journalistes de Modes réunis

Ayuntamiento de Madrid

Où s'abonne au Bureau, rue S^{te} Anne, 64, à Paris.